



“Felipe II y la psicología fundamental del pueblo español”

p. 153-164

Rafael Altamira y Crevea

Ensayo sobre Felipe II, hombre de Estado. Su psicología general y su individualidad humana

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia/Editorial Jus

1950

416 p.

(Primera Serie 16) [Historia General 2]

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/014/felipe_II.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO VII

FELIPE II Y LA PSICOLOGÍA FUNDAMENTAL DEL PUEBLO ESPAÑOL

La última cuestión que creo deber examinar aquí, es la de la correspondencia de la ideología y la conducta de Felipe, con la psicología fundamental del pueblo español. Se ha dicho de aquél que fué “un verdadero español hasta el tuétano, una fiel concentración de las cualidades, buenas y malas, de la nación que él amó”. Y a continuación de esa sentencia se especifican las características siguientes: estrechez y rigidez en los sentimientos religiosos; indiferencia por los sufrimientos humanos pro-



ducidos en la ejecución de un proyecto o la realización de una finalidad querida; fatalismo de tipo oriental. La sentencia se determina con esta frase: “Pero ellos (los españoles), de igual modo que su rey, fueron sufridos, leales, concienzudos y religiosos”¹.

Prescindiendo, por el momento, de la diferencia que existe entre estas últimas palabras y las características que anteriormente se atribuyen a Felipe (diferencia que podría motivar una distinta respuesta en cuanto a la supuesta correspondencia, entre aquéllas y éstas; es decir, entre el rey y el pueblo español), conviene examinar la cuestión en toda su amplitud.

Puede, sin duda, decirse de Felipe II que, desde el punto de vista nacional, fué el rey más español de la Casa de Austria. Lo fué, en primer término, porque, comparado con su padre (en quien la cualidad de emperador dominó a la de rey de Es-

¹ Hume, *Philip II of Spain*.



paña) y con su hijo y nieto, los Felipes III y IV, a quienes les importó muy poco la buena gobernación de su patria, Felipe atendió mucho (a pesar de su conflicto permanente con propósitos y deberes de proyección internacional) a los intereses particulares de la corona que le venía de sus abuelos maternos. Lo fué también por su educación sustancialmente española y especialmente castellana; por el fondo de seriedad y sencillez de su carácter y su vida privada; por el tipo de costumbres que adoptó sin esfuerzo y la repulsión a las que de ellas diferían tanto como las borgoñonas y las alemanas (y en ello estuvo la raíz de la mutua incomprensión y antipatía con unos y otros); por el sentido y el ideal general de la vida que tanto se opuso a que encajase en la sociedad inglesa; en fin, por el amor sincero e intenso que sintió por la tierra y las cosas de España ¹, causa del

¹ Este amor, que conocemos por varios testimonios, lo expresó el mismo Felipe en su discurso a las Cortes



drama interior que, como gobernante, amargó su existencia. Pero en lo demás, ni cabe una generalización rotunda sin un examen profundo de los dos términos de la cuestión, imposible en estos momentos; ni de lo que sabemos ciertamente puede derivarse más que una conclusión negativa o una duda muy fundada.

En primer lugar, la psicología de un pueblo, incluso la especial de un solo momento de su historia, es mucho más compleja de lo que los historiadores suelen creer. Concretándola en la de la minoría directora, haciendo tabla rasa de todo lo demás que alienta en las colectividades, es un error frecuente, pero fatal para una íntegra comprensión de la realidad. Que hubo muchos españoles contemporáneos de Felipe II en el estrecho círculo de los que gobernaban el país de un modo más o menos inmediato, y que pensaron y sintieron

de Toledo de 1599 que copia Cabrera en el Libro V, cap. IV, y en otras manifestaciones.



como él en varias cosas, me parece indudable; pero que había otros distintos, nos lo muestran (aún sin ahondar más en la investigación) los hechos y expresiones de opinión que conocemos en punto a varias de las cuestiones políticas planteadas y resueltas entonces conforme al criterio del monarca. Limitándonos a unos cuantos ejemplos, me parece evidente que el problema de Flandes, tan ajeno a los intereses de España y tan poco sentido por los españoles, marcó divergencias considerables; no sólo en cuanto a la dirección del problema mismo, que tan diferente tenía que ser para el rey y para algunos de sus súbditos. El rey defendía una parte de su patrimonio, y la nación española veía comprometido el suyo en un empeño totalmente ajeno a sus necesidades e ideas, y tan contrario a los procedimientos para resolver aquel problema. Lo mismo puede decirse de la cuestión de los moriscos, en que tan divididas estuvieron las opiniones populares, no pocos aris-



tócratas, y la del rey, y tan censurada por el clero español que pedía la expulsión de aquéllos.

Felipe era un devoto, palabra equivalente para nuestro vulgo a la de beato, pero no en la acepción que da la Academia a la voz “beatería”, porque no era afectado, sino absolutamente sincero. En el fondo, su propensión era propiamente ascética (como parece haberlo sido en general la del espíritu español), aún más que hacia el misticismo.

La *Relación* italiana (probablemente escrita por Guidi de Volterra) que descubrió Bratli, pinta al rey, en ese aspecto, con las siguientes palabras: “Co’l foi principio como si denegalla sua religione non dee dubitarse, por quanto si ne uuede esterioresmente non puó essere in lui piú santa ne piú devota ne piu zelante, ne piú fervente. Mostralo la sua vita, che ha piú del sacerdotale o del monastico non che del laico o Regio, poi che agli assiste de continuo alli



· offizii divini, sta quanto un Monaco nel oratorio, uine piú che da *Vescono* spogliato d' ogne ornamento, e comodità e con minor seuitè, e guardia della persona che molti piccolomissi e priuati sigri non tengono". Téngase en cuenta, para aplicar estas noticias sin riesgo de generalización inadecuada, que Guido de Volterra escribió esta *Relación* en 1591 o hacia este año: es decir, al final de la vida de Felipe. Conviene observar que por entonces, y aún desde bastantes años antes, ya se había producido en el espíritu del rey un cambio notable; o, mejor dicho, un ensombrecimiento del ánimo y, desde luego, una marcada acentuación de sus prácticas devotas. Algún autor atribuye este hecho a la influencia de la cuarta mujer de Felipe, la archiduquesa Ana de Austria, mujer devota, casera, hasta el punto de "no salir nunca de sus habitaciones (como escribió el embajador francés), fría y exageradamente etiquetera". La llegada de Ana a España fué



en 1570. Pero no es verosímil que fuera ese hecho la causa del aumento de devoción y de tristeza por parte de Felipe. Poco antes, el año 1568 trajo sobre él grandes amarguras y preocupaciones: la muerte de la reina Isabel de Valois, a quien ya sabemos cuánto amó; la muerte del príncipe D. Carlos, tras los últimos y graves episodios de la locura de éste: la abdicación del territorio de Flandes, con la consiguiente acentuación de las preocupaciones que esto representaba para el rey; y un año después, en 1569, la sublevación de los moriscos, que engendró para Felipe, como ya se dijo, una lucha acerba con los que pretendían la expulsión de aquéllos. Por sí solos, algunos de estos hechos, y más aún todos juntos, tenían que haber producido en el ánimo de Felipe, no obstante el duro temple de que gozaba, un golpe, y más bien una serie de golpes que, aparte la resignación de que siempre dió muestra el rey, debieron de sacudir hondamente su espíritu. Si real-



mente hubo en él un recrudecimiento de sus prácticas devotas en el período de los veintitantos años últimos de su vida, más bien se puede atribuir a esos hechos que a la influencia de Ana de Austria.

Sea lo que fuere de esto, vuelvo a decir que la devoción es una nota característica de Felipe. Lo era también de la modalidad religiosa propia de España; y en esto, sin duda, Felipe fué muy español. Pero ya no lo fué, sino que se apartó mucho en varias y muy significadas ocasiones, en cuanto a la posición absolutamente intransigente y amiga del empleo de los más duros procedimientos, repetidamente expresada por la mayoría de los españoles que le rodeaban, como ya he indicado anteriormente. En cuanto a la Inquisición, que Felipe apoyó siempre de manera decidida mientras le fué posible hacerlo (en Flandes, donde ya existía antes de recibir aquél la herencia de esos Estados, tuvo al fin que retirarla), ya sabemos, desde que Llorente



escribió su célebre *Memoria*¹, la corriente de disconformidad que hubo en España y que muestra, una vez más, lo inconsistente de una correspondencia completa en este asunto, entre el pensamiento de Felipe y el de los españoles contemporáneos de él.

Parece, en suma, que Felipe representó efectivamente, en algunas de sus ideas y de sus actos, a una parte de los españoles del siglo XVI. Particularmente, a la masa, en la fe religiosa y en la devoción; en el carácter y el tono de su vida privada más bien a los castellanos que a otros; y en no pocas cosas de las funciones públicas se apartó de las opiniones de las clases directoras y señaló una fuerte e independiente personalidad.

A la vez, es también cierto que los españoles de aquel siglo, y no sólo quienes rodearon a Felipe en las funciones de go-

¹ *Cuál ha sido la opinión nacional de España acerca del establecimiento de la Inquisición.* Madrid, 18



bierno, sintieron por él gran devoción y entusiasmo, precisamente por encontrar en el rey prendas que concordaban con sentimientos propios de la mayoría popular y con preferencias de carácter patriótico. Este hecho se halla manifestado expresamente en los historiadores contemporáneos o muy próximos al reinado de Felipe. Contribuyeron a ello, especialmente, su catolicismo ardoroso; su preferencia por el idioma y costumbres de Castilla; su seriedad muy castellana; sus prácticas democráticas de audiencia abierta y de acceso a las opiniones y avisos que sus súbditos quisieran elevarle. Algunas de esas cualidades y preferencias fueron, por el contrario, como ya vimos antes, las que le enajenaron la simpatía de las gentes extranjeras, algunas de las cuales habían aguantado poco antes a reyes mucho más absolutos y sin escrúpulos como Enrique VIII de Inglaterra, y a príncipes que llegaron a sentir la mano dura de este soberano que procuró imponer



su ideología absolutista; como fué el caso del mismo Carlos I en Flandes.

No me parece ocioso, antes de terminar este Ensayo, repetir que en nada de lo escrito en él (y menos aún lo que se refiere a este último punto de la mayor o menor adecuación de la psicología de Felipe con la de los españoles), existe el propósito de fijar responsabilidades históricas; mucho menos el de expresar, ni aún de sugerir, calificaciones de bondad o de maldad (es decir de aprobación o desaprobación por mi parte) en punto a tales o cuales pensamientos o actos. Todo eso está por fuera de la Historia, y aquí sería notoriamente impropio.